Luis lloraba después del recreo porque se había perdido su pelota. Simplemente la había dejado en el salón y desapareció.

La buscó por todas partes y nada.

Luis tenía seis años y, como a todo niño, no le gustaba que se le pierdan sus cosas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Alberto, su compañero de carpeta.

—Se perdió mi pelota —respondió Luis.

—¡Qué bebito! —exclamó el niño—. ¿No te han dicho que los hombres no lloran?

Adriana, que se sentaba delante de Luis,
volteó y dijo:

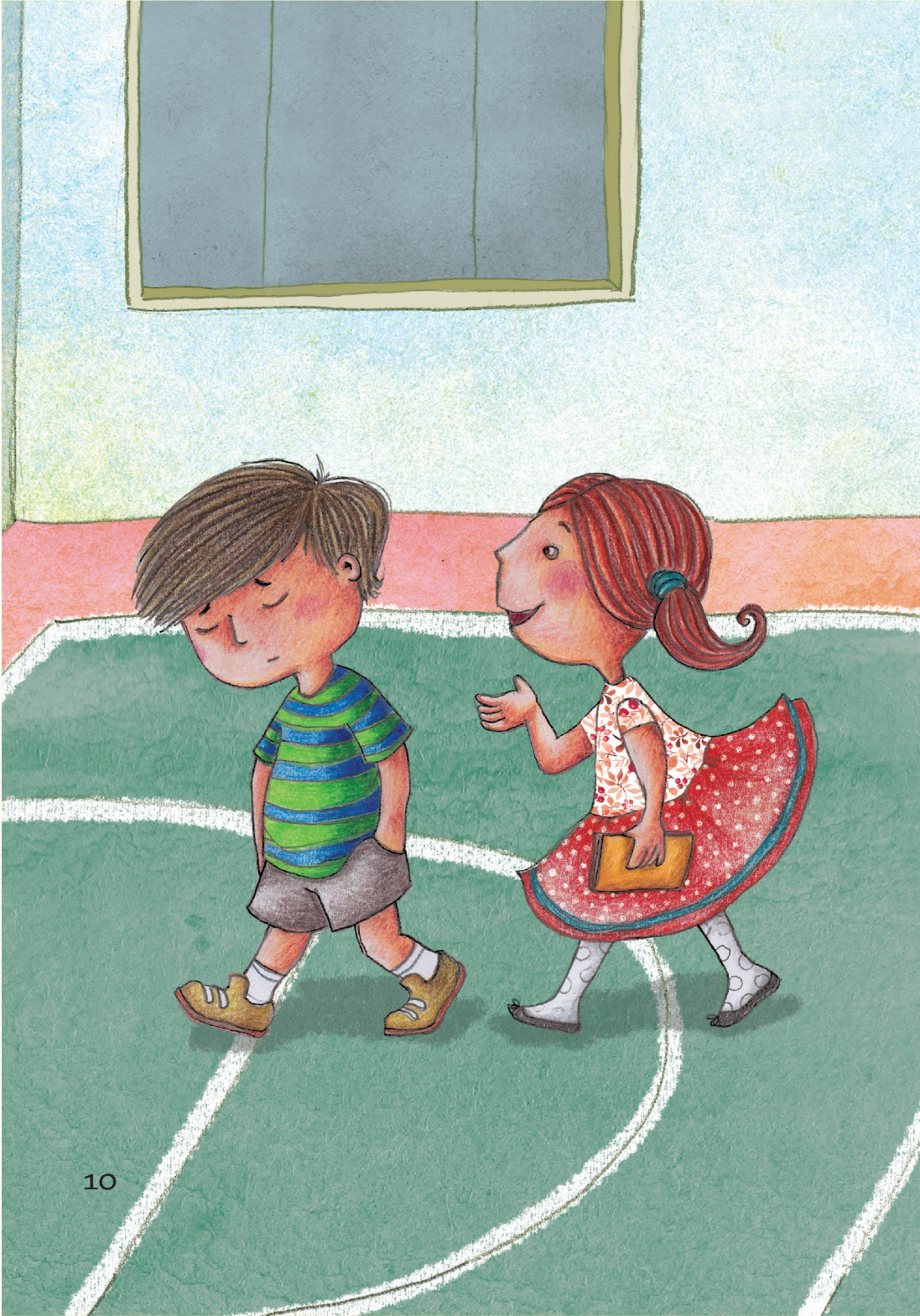
—¡Deja en paz a Luis, si quiere llorar
que llore!

—¡Los hombres no lloran! —insistió Alberto.

Adriana pensó que podría pellizcar a Alberto
o darle un jalón de pelos o esconderle
su lonchera… podría hacer muchas cosas
para hacerlo llorar. Pero no hizo nada de eso.
Simplemente, cogió de la mano a Luis
y le dijo:

—Llora si quieres.

—No, ya no quiero llorar —dijo Luis…
pero sus ojos decían otra cosa.



—Oye, cuando las cosas me salen mal, siempre converso con mi hermana y mi mamá. Ellas saben todo —respondió Adriana.

Luis se quedó pensando toda la mañana en lo que le habían dicho Alberto y Adriana.

Y después, cuando llegó a su casa, siguió pensando en eso.

En su casa había un gran movimiento: su hermano mayor se iba a casar. Había llegado su abuelita y su mamá estaba muy inquieta. Su padre conversaba a puerta cerrada con su hermano y se escuchaban carcajadas.

No era un buen día para que Luis preguntase nada, así que decidió resolver sus problemas solo.

«Los hombres no lloran —pensó—. Así que la próxima vez que tenga ganas de llorar pensaré un plan para que no se me salgan las lágrimas».